

La Perla de Lima

Carlos García Barrón

La "mini-guerra" entre España y Perú, cuya única acción bélica es el bombardeo del puerto del Callao por la escuadra española el 2 de mayo de 1866, constituye un triste episodio en las relaciones bilaterales entre dichas naciones. No es éste el lugar para proceder a un análisis de las razones o sinrazones que culminan en el duelo de seis horas entre las cinco baterías de tierra y los treinta cañones de la flota española. Baste con decir que hasta el desenlace fue singular pues ambas partes se atribuyeron la victoria.¹

La literatura que surge como resultado de este conflicto es escasa. En España, salvo algún poema disperso y varios ensayos periodísticos,

1. Es revelador citar la carta que dirige la reina Isabel II al brigadier D. Casto Méndez Núñez, jefe de la escuadra española,

"La escuadra a tu mando ha sostenido el honor de nuestra bandera en el ataque a El Callao, respondiendo a mis esperanzas inspiradas ahora, como siempre, por el más ardiente patriotismo. Te doy particularmente las gracias y te encargo las des a los jefes y oficiales, soldados y marineros que han cumplido tan notablemente con su deber. Yo tenía la seguridad de que todos esos valientes sabrían arrostrar la muerte recordando las glorias de nuestra Marina en la cual tanto afecto profeso, invocando mi nombre como símbolo nacional. Sepan ellos también que sus triunfos y padecimientos penetran en mi corazón como en el de una madre cariñosa, pues sólo esta clase de sentimientos abriga para sus súbditos vuestra Reina." Firmado en Palacio, Madrid, 9 de julio de 1866. Fernando Díaz-Plaja, *La Historia de España en sus Documentos. El siglo XIX* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1954), págs. 322-323.

Por lo que al Perú se refiere, valgan estas palabras del respetado historiador Vargas Ugarte,

"Toda la prensa de Europa y América considera el 2 de mayo como un grande y glorioso triunfo obtenido por el Perú; y en España se celebra, sin embargo, como una victoria; jactancias de ese género desdoran no sólo al Gobierno que de ellas hace uso, sino al pueblo que lo ve y no protesta". Rubén Vargas Ugarte, S. J., *Historia General del Perú. La República* (Lima: Carlos Milla Batres, 1971), pág. 122.

Fénix 28/29: 91-98, 1978/1979

poco es lo que se produce sobre el tema.² En el Perú, sin embargo, sí se registra una fuerte reacción, sobre todo poética, recogida en un reciente libro mío.³ La excepción en el caso español se centra en una curiosísima novela, *La Perla de Lima*, obra de Fernando Fulgosio, escritor de segundo orden sobre el que disponemos de estos datos:

“Fernando Fulgosio nace en 1831 y muere en Orense en 1873. Pertenece al Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios. Escribió varias novelas, una de las cuales fue premiada por la Real Academia Española. Colaboró en *La Epoca*, *Escenas Contemporáneas*, *El Museo Universal*, *La Ilustración Española y Americana* y otras publicaciones. Sus obras más conocidas, *Alfonso*, novela premiada por la Real Academia Española (1865); *La Última señora de Insúa* (1866); *La Perla de Lima*, *Guerra del Pacífico* (1867) y *Crónica de la provincia de Zamora* (1869). Dejó inéditas varias novelitas que fueron publicadas póstumamente en Vigo y la zarzuela con música de Adalid, *Pedro Madruga*, que no sabemos se haya representado”.⁴

Fulgosio, que probablemente nunca pisó tierra peruana, se documentó a fondo antes de escribir la novela, obra ésta de un marcado estilo romántico-costumbrista. El propósito de este artículo es el de resumir el contenido de *La Perla de Lima*, destacando los elementos de mayor interés.

La trama se desarrolla en Lima de 1864 a 1866 concluyendo en Biarritz. Los personajes están todos estereotipados por lo que ninguno de ellos tiene vida propia. En primer lugar aparece D. Fermín de Urquinaona, viudo de más de sesenta años, limeño de nacimiento, rico gracias al guano, conservador, honrado, discreto y venturoso según el autor:

“D. Fermín no renunciaba de grado a su antigua nobleza y si bien se preciaba de ser buen peruano y de saber llamar ‘godos’ a los españoles fuera para él la mayor injuria negarle la ilustre ascendencia de que presumía, la cual le llevaba á parar, nada menos, que á las amenísimas riberas de Urola, en la provincia de Guipúzcoa. De allá, en efecto, había ido el primer Urquinaona al Perú, y D. Fermín tenía buen cuidado de recordar siempre que, aún existía, no lejos de Azpeitia, la casa solar de Urquinaona.” (p.35)

2 Véase por ejemplo, los interesantes artículos escritos a posteriori por el Vizconde el Pontón, “De la guerra de España con las Repúblicas Americanas del Pacífico” en *La Revista de España*, julio de 1872.

3 Carlos García Barrón, *Cancionero de la guerra hispano-peruana de 1866* (Miami: Ediciones Universal, 1979).

4 *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana* (Madrid: Editorial Espasa Calpe, 1942), Vol. 25, pág. 14.

Esta dualidad entre su linaje español y su amor patrio constituirá tanto para él como para su hija un punto de tensión dramática. Rosa Urquinaona, joven de diecisiete años e hija única, es una auténtica preciosidad. La "Perla de Lima" es codiciada por muchos que ven en ella no sólo su belleza sino también la considerable fortuna que habrá de heredar. Fulgosio no escatima recursos al describirla:

"Facciones más perfectas sería posible hallarlas pero conjunto más seductor, de cierto no le tenía ninguna otra mujer de América del Sur". (p.42)

No obstante, como muchas jóvenes del romanticismo, Rosa no es feliz:

"Con todo, á Rosa la consumía quizás aquella lánguida dejadez, hija del tedio, con que la inmediata satisfacción de deseos y aún caprichos castiga al rico, enervándole y trocando su aparente ventura en infelicidad, harto mayor que la de muchos pobres miserables que le miran llenos de codicia y envidia". (p.44)

Un buen día Rosa, que hasta entonces vivía sumida en una especie de letargo, se siente despertar al conocer a D. Alvaro de Sande, joven y apuesto oficial de la escuadra española, prototipo del héroe romántico que nos habrá de recordar en más de una ocasión al protagonista del *D. Alvaro o la fuerza del sino*, obra que Fulgosio habría leído con detenimiento. Cupido les lanza sendos flechazos, amor que suscita de inmediato el odio de dos de los pretendientes de Rosa, el chileno D. Ignacio Avilés y, en menor grado, el venezolano D. Felipe Maturino. Aquél, hombre industrial y ambicioso, se halla en Perú como agente chileno y... conspirador contra España. En cuanto a Maturino, al que Fulgosio no vacila en describir despectivamente, representa simbólicamente el más violento sentimiento anti-español. De ahí que al poco de jactarse D. Fermín de su herencia española, Maturino responda tajantemente.

"Herencia!... Nuestra madre! —gritó Maturino, con los labios blancos de ira. Sean Vds.— presuman Vds. de hijos de la decrepita España que yo, por mi parte, jamás consentiré en tan infame origen". (p.38)

Avilés y Maturino, en vista de la "competencia" de D. Alvaro deciden alejarle físicamente de la casa de D. Fermín. Para ello contratan los servicios del mulato Rosario de Castro con instrucciones precisas de que se limite a propinarle una buena paliza. Fulgosio, al dibujar la figura de Rosario, hace patente sus propias convicciones y prejuicios raciales:

"Rosario de Castro era un mulato pequeño de cuerpo, de aspecto enfermizo, efecto de las calenturas tan frecuentes en Lima, y mirada sanguinaria y traidora. No quiera Dios vayamos nunca

á dar á entender que no hay esperanza de regeneración para las razas mestizas; pero es indudable que éstas, conforme más se alejan del blanco, más peligrosas suelen ser para la sociedad. Desprecian á indios y negros, a cuya sangre deben el ser inferiores, no sólo por su escaso juicio, sino por la misma fealdad del rostro; y aborrecen al blanco por envidia, que es la más temible causa del aborrecimiento". (p.53)

Alvaro y Rosa se quieren y aprovechan el acogedor jardín de la mansión de D. Fermín para declararse mutuamente su amor. Fulgoso, reflejando nuevamente sus lecturas románticas, se apoya en la metáfora al narrar la pasión de los dos jóvenes:

"A menudo, por los bosques vírgenes de América y al lado de un árbol joven, enhiesto y por demás lleno de hermosura y lozanía, yace una enredadera, cuyas flores, de color vivísimo, fueran la desesperación del pincel europeo. El vigor de la sierra americana da por momentos nueva savia a la hermosa planta, nacida para crecer al amparo de tronco robusto. Ley secreta, que el hombre conoce y no explica, va insensiblemente acercando la enredadera al árbol. Breve trecho les separa; ramas y hojas, como que se levantan por su propio impulso del suelo, mientras las corolas de las flores miran todas al árbol que las ampara. . . . Ciertamente que Alvaro y Rosa semejan con toda verdad árbol y enredadera." (p. 99).

El autor interviene frecuentemente en la narración como cuando después de pintarnos la idílica escena arriba descrita, declara, "jamás podrá el arte humano pintar con verdad el amor de dos corazones puros y honrados. . ." (p. 100). Rosa se declara eternamente fiel a su amado, "Y yo te juro no amar, ni pensar, ni existir para ningún otro ser en el mundo, sino para tí." (p. 101)

Y en este preciso momento surge el mulato Rosario de detrás del follaje en donde se encontraba escondido y le asesta una puñalada (y no paliza) a D. Alvaro que cae gravemente herido a los pies de Rosa.

Como novela en la que la vertiente histórica es fundamental, Fulgoso intercala habilmente los datos y hechos verídicos con la ficción. Siguiendo el hilo de aquéllos, relata como la gestión diplomática logró, temporalmente, poner fin a la fricción mediante el tratado Vivanco-Pareja.⁵ Restable-

5 Dicho tratado firmado por el Almirante español D. José Manuel Pareja y el representante del gobierno peruano, general D. Manuel Ignacio de Vivanco, estipulaba, entre otras cosas, la devolución de las Islas Chincha, efectuada el 3 de febrero de 1865.

cida la normalidad entre ambos países, los marinos españoles desembarcan en el Callao para divertirse y hacer compras. Sin embargo, para muchos peruanos el citado tratado resulta oneroso⁶ mostrando su descontento al agredir a los españoles con los que se enzarzan en luchas callejeras. El gobierno peruano ansioso de no provocar a España sofoca violentamente dichos disturbios en los que resultan muchos heridos y un muerto. Avilés y Maturino aparecen ahora claramente involucrados en estos acontecimientos, según nos lo manifiesta Fulgosio:

“Avilés era hombre de carácter firme y astuto, verdadero prototipo de sus compatriotas. Deseando comprometer al Perú en guerra con España, no dejaba de hacer para ello cuanto en su mano estaba, pero al mismo tiempo comprendía cuán ventajoso fuera para él casarse con Rosa Urquinaona.” (p. 133).

Mientras tanto D. Alvaro ha sido trasladado a bordo de la *Numancia* para ser atendido por el médico naval que viaja con la escuadra. El autor aprovecha la ocasión para darnos una minuciosa descripción de la gran nave de guerra española, adelantándose así, sin querer, al interés que por dicho buque mostrará posteriormente el insigne D. Benito Pérez Galdós.⁷

En el Perú la situación se agrava con la sublevación de Mariano Ignacio Prado en la ciudad de Arequipa, la segunda en importancia después de Lima. Prado y sus partidarios representan la oposición a cualquier solución negociada con España y propugnan la lucha armada contra ésta. En la Ciudad de los Reyes, D. Fermín y la alta sociedad limeña disfruta, una vez más, de una intensa vida social en contacto con la oficialidad de los buques de guerra españoles. En una de sus visitas a la *Numancia*, uno de los oficiales conduce a Rosa a un camarote donde se encuentra Alvaro reponiéndose de su herida. El dramatismo o, mejor dicho, melodrama de esta inesperada reunión, merece ser reproducido como botón de muestra del romanticismo que impregna esta novela:

“Un grito dio ésta—grito del corazón, ay del alma, que á todos dejó mudos y pasmados.

6 El citado tratado no fue ratificado por el congreso del Perú por su oposición a una de las cláusulas en que se determinaba,

“El Perú indemnizará a España los tres millones de pesos fuertes españoles que se han visto obligados a desembolsar para cubrir los gastos hechos desde que el gobierno de dicha república desechó los buenos oficios de un agente de otro gobierno amigo de ambas naciones, negándose a tratar con el de su Majestad Católica en estas aguas y rechazando de este modo la devolución de las Islas Chincha que espontáneamente se le ofrecía.”

7 Véase el interesante Episodio Nacional, *La Vuelta al Mundo en la Numancia* de D. Benito Pérez Galdós.

¿Qué había visto “la perla de Lima”, que en aquel momento y después de exclamación, tan ajena al tristísimo estado en que yacía abatida, alargaba los brazos, y con la mirada puesta en un lado del camarote, no acertaba á dar paso ni á pronunciar palabra?

¿Qué voz, qué acato, qué ademán hay en lo humano, comparables con los de Rosa, cuando ésta, después del breve espacio en que permaneció atónita y conteniendo la anhelosa respiración pudo gritar—¡¡Alvaro!!” (p. 155)

Lo malo es que el pobre de D. Alvaro si bien mejora de su herida ha sucumbido a una seria enfermedad típica del romanticismo: está tísico!! Conforme al dictamen médico necesita aire y campo para sanar y D. Fermín le ofrece generosamente una de sus fincas para que en ella pueda restablecerse. Al poco tiempo de instalarse Alvaro llega la fuerza de los sublevados que procede a cercar la finca, propiedad de D. Fermín, uno de sus mayores enemigos. Mas he aquí que justo en el momento en que D. Alvaro va a perecer irrumpe Avilés al frente de un pelotón de soldados fieles al general Pezet y rescatan, oportunamente, a nuestro joven galán. En una escena que recuerda a la gran obra del Duque de Rivas ya citada, Avilés le confiesa a su contrincante, cuya vida acaba de salvar, que fue él quien dio la orden para que le pegasen pero no para que le hiriesen alevosamente.

“He aborrecido á Vd. primero, por español, y con eso bastaba. Pero, aborrezco en Vd. al amante, al futuro esposo de Rosa Urquinaona... y ahora, mi único deseo es verle del todo restablecido para, de cualquier manera que sea, hallarnos cuanto antes frente a frente y con un arma en la mano.” (p. 179)

Avilés, hombre no desprovisto de virtudes, no es capaz de forzar un duelo con su enemigo. En el entretanto la masa saquea la casa de D. Fermín en Lima teniéndose que refugiar éste y su hija en la *Numancia*. Se va aproximando el inevitable choque militar entre España y Perú. Rosa intuye la difícil situación que ello le planteará tanto a ella como a su padre:

“Y si llega á haber guerra entre España y Perú? Mi padre ama de todo corazón á la tierra donde sus antecesores nacieron; pero es buen peruano, y aunque hay malvados que le odian, si se restablece el sosiego volveremos á Lima.” (p. 196)

De vuelta a Lima, Avilés llega a tiempo para evitar mayores destrozos a la casa de D. Fermín. La situación es sumamente tensa en el ámbito político por lo que Alvaro es trasladado a la *Numancia*. Desde el buque le escribe varias cartas a Rosa, epistolas que lleva y trae la “Chola”, amiga de Rosa y secretamente enamorada del oficial español. Finalmente, repudiado el tratado Vivanco-Pareja y sustituido el general Pezet por el sublevado y ahora dictador, Mariano Ignacio Prado, se declara la guerra contra

España. Los peruanos se preparan para la batalla temiendo que la flota no sólo castigase su costa sino que desembarcara la tropa en un intento de nueva dominación del país. D. Fermín, al igual que otros ilustres ciudadanos, acude a la Torre de la Merced, única batería blindada de las que defienden el Callao. Rosa, al despedirse de su padre, siente el orgullo de ser peruana.

“Si mi padre llega a morir, dijo Rosa no sólo no me he de casar con D. Alvaro de Sande, pero ni aún le volveré a ver.” (p. 211)

El chileno, so pretexto de proteger a Rosa, permanece junto a ella en su casa desde cuya azotea presenciarán ambos la inminente batalla. Fulgoso narra en detalle y acertadamente el encuentro bélico pero prefiere centrarse en la emoción que embarga a Rosa:

“Parecía como que las baterías de tierra, queriendo recobrar el tiempo que habían tardado en hacer fuego, menudeaban los disparos cuanto era posible. La vista que el combate ofrecía, grandiosa y llena de atractivo para un artista, causaba diversos y encontrados efectos en nuestros conocidos. Rosa Urquinaona, apoyada una mano en el hombro de la Chola, y la otra en el pretil, apenas podía contener los latidos del corazón; y tan pronto se desesperaba, como oraba y gemía. La Chola, inmóvil y apretando los dientes, paseaba los ojos del Callao á la escuadra y de ésta otra vez al puerto, sosteniendo, de cuando, en cuando, con todas sus fuerzas a la hermosa y desventurada hija de D. Fermín, la cual, á veces, apenas podía mantenerse en pie.” (p. 220)

Contrario a lo esperado, La Torre de la Merced, blanco de los proyectiles españoles, vuela por los aires pese a su protección blindada. Rosa, testigo ocular de la muerte de su padre, pierde el sentido y cae desmayada en los brazos de la Chola. Esta incrimina violentamente a Avilés acusándole de asesino por haber persuadido a D. Fermín a que acudiese a la batería.

Nos acercamos al desenlace. Transcurre un tiempo indeterminado, probablemente dos años, y nos encontramos ahora en Biarritz donde Alvaro pasa una temporada de descanso. Consumido por la tristeza y el recuerdo de Rosa, Alvaro es un hombre anímicamente destrozado. Pero el destino, esa fuerza ciega e irracional del romanticismo, habrá de acarrearle a D. Alvaro una última sorpresa. Un día parece reconocer a una pareja que también se pasea por Biarritz acompañada por dos sirvientes. Al acercarse los identifica inmediatamente: son Rosa y Avilés, ahora marido y mujer!! El lector se entera de que Rosa había enloquecido como consecuencia de la muerte de su padre. Avilés, al poco tiempo, logró que algunos médicos diesen testimonio de que Rosa estaba curada, paso necesario para poder

casarse con ella. La tragedia e ironía vino a ser que Rosa pensó que se casaba con Alvaro y desde entonces tomó a Avilés por D. Alvaro, para desdicha de aquél. En cuanto a la fortuna tan codiciada por Avilés, resulta que había quedado muy mermada por los sucesos políticos de tal forma que se ve obligado a empeñar sus propios bienes con el fin de financiar el viaje de Rosa a Europa. El dramático encuentro entre Avilés y Alvaro culmina con estas palabras,

“Si después de esto me quiere matar D. Alvaro de Sande, en sus manos me pongo y cuento desde luego con mi agradecimiento. Que no habría para mí en el mundo beneficio que compararse pudiera con el de quitarme la vida!” (p. 232)

Concluye así *La Perla de Lima*, novela que, escrita en 1867, escasamente al año del acontecer histórico que sirve de trasfondo, descuella no por su valor literario sino por su singularidad, única obra de su índole escrita en España y que hemos resumido en estas páginas.